

SERGIO PARRA

# **¡MECAGÜEN!**

**PALABROTAS, INSULTOS  
Y BLASFEMIAS**

ILUSTRACIONES  
DE MALAGÓN

**VOX**

# SUMARIO

<b>PRIMERA PARTE - Historia</b>	11
<b>Capítulo 1: Los orígenes del lenguaje soez</b>	13
1.1. El volcán que conservó las palabrotas	16
1.2. Cuando las palabras obscenas se convirtieron en palabras cultas	22
1.3. Cuando todo lo que no era sagrado era sucio	25
1.4. El puritanismo como ascensor social	32
1.5. Del <i>fuck</i> al <i>nigger</i>	37
<b>Capítulo 2: El lenguaje obsceno es universal, pero no todas las obscenidades lo son</b>	40
2.1. La idiosincrasia del taco	44
2.2. Perdidos en la traducción: el <i>namíng</i> o la creación de nombres de marcas comerciales	55
<b>SEGUNDA PARTE - Los tabús por excelencia: religión y sexo</b>	59
<b>Capítulo 3: Me cago en...</b>	61
3.1. Los orígenes de la blasfemia	64
3.2. El epicentro de la blasfemia	68
3.3. Últimos rescoldos	72
3.4. Herejes, ateos y beatos	82
3.5. Secularización (aparente y parcial)	86
<b>Capítulo 4: Cuando te dicen <i>jódete</i>, date por jodido</b>	91
4.1. Puta	96
4.2. Cerdo y guarro	98
4.3. Polla	99
4.4. Follar, joder y coño	102
4.5. Prácticas sexuales	108
<b>TERCERA PARTE - Intentando ponerle puertas a lo soez</b>	113
<b>Capítulo 5: Censura</b>	115
5.1. El tabú	119
5.2. El virus que hay que erradicar	121
5.3. Bicho malo nunca muere	127
5.4. Las cosas se complican (más)	130

<b>Capítulo 6: Neopuritarismo: la dictadura de lo políticamente correcto</b>	132
6.1. «Soy una buena persona»	133
6.2. El copo de nieve que se hace un selfi	136
6.3. No te rías de nada ni de nadie	143
6.4. Paranoia o selfi	148
<b>Capítulo 7: La N-Word y el piii: la corrección política</b>	156
7.1. <i>Nigger</i>	161
7.2. Efectos secundarios inesperados	166
<b>Capítulo 8: Clasificador social</b>	174
8.1. La imposibilidad de no clasificar	192
8.2. Y, pese a todo, cada vez somos menos clasistas	194
<b>CUARTA PARTE · Ni tanto ni tan calvo</b>	191
<b>Capítulo 9: Comportamiento</b>	193
9.1. El eufemismo y Sísifo	198
9.2. Ponerle el cascabel al gato	201
9.3. Es difícil ignorar los gritos	204
<b>Capítulo 10: Bondades de las palabrotas</b>	209
10.1. Catarsis y gestión de las emociones	210
10.2. Vocabulario más rico; o no	213
10.2. Palabras que nos hacen más humanos	217
<b>Capítulo 11: Insultar sin insultar</b>	220
<b>Capítulo 12: Dosificar: el exceso devalúa</b>	229
12.1. Palabras bien-mal o mal-bien	231
12.2. Controla tu entusiasmo	237
<b>Epílogo</b>	241
<b>Agradecimientos</b>	244
<b>Bibliografía</b>	245
<b>Índice de palabrotas, insultos y blasfemias</b>	251

## Introducción: El lado oscuro

Todas las palabras sirven para algo; con ellas informamos, advertimos, solicitamos, exigimos, prohibimos... Pero hay un tipo de palabras que, más que ningún otro, ejerce un poder especial; como el que tienen los vocablos que emplea un hechicero y los que podemos encontrar en un grimorio. Se trata de voces que pueden alterar súbitamente el estado de ánimo de nuestro interlocutor, excluirnos de un grupo, adherirnos a otro, hacernos parecer maleducados o, incluso, propiciar que nos llevemos una buena hostia. Son las palabrotas, las groserías, las palabras tabú, los insultos: el lenguaje sucio.

Una serie de sonidos que nos obligan a considerar sus desagradables connotaciones (las asociaciones emocionales ligadas a ellos) por encima de su denotación (su definición en el diccionario). El lenguaje soez, pues, estaría emparentado con el lenguaje poético; pero si la poesía es el lado luminoso de la Fuerza, lo soez forma parte del lado oscuro. Además, hay palabrotas más intensificadoras de la connotación que otras (más poéticas que prosaicas, si continuamos con la analogía), como *mierda*, que, claramente, resulta una palabra capaz de producir más hedor, repulsa y sensación de suciedad que *caca*. Porque la hipérbole suele ser el tejido conjuntivo del insulto: con él no se persigue describir la realidad, sino exagerar hasta el paroxismo los defectos de aquel a quien queremos insultar.

El lenguaje nació para comunicarnos, pero también tiene un valor simbólico. Es capaz de aludir a cosas que no están presentes y crear una suerte de experiencia sensible con ellas; por esa razón, si hay algo que nos desagrada, preferimos no mencionarlo. Por otra parte, hay términos con mayor poder evocador que otros, por eso resulta más problemático decir *polla* que *pene*, pues hay palabras que nos aproximan más a las cosas a las que aluden y son más eficientes evocando imágenes y sentimientos asociados a ellas. De estas últimas, englobadas en el lenguaje considerado soez, las que están en la cúspide son las

que los antropólogos denominan tabú. A través de este lenguaje particularmente poderoso, evocador y prohibido, somos capaces de imaginar cosas que no deberíamos, de herir a los demás y de saltarnos las normas de convivencia. Es cierto, como dijo San Agustín, hablando con su hijo y discípulo Adeodato, que la palabra *ciénaga* es preferible a la *ciénaga* misma. Sin embargo, en ausencia de la segunda, la primera es lo que más se aproxima a lo que suscita. Además, hay palabras que resultan ofensivas o soeces (aunque no siempre sean insultos) en todas las lenguas conocidas. Disponer de un repertorio de términos de este tipo cumple el servicio de manifestar explícitamente una carga agresiva o de una forma inmediata y sin fisuras que algo nos resulta gravoso desde el punto de vista físico o emocional, y no hay lengua que escape a esa necesidad.

El lenguaje indecoroso también forma parte de las estrategias de convivencia y gestión de las emociones. La palabrota, entonces, acaba teniendo la misma función que las lágrimas, como cualquier otra manifestación emocional: es una prueba de que el dolor, la rabia o la alegría son reales. Las personas que dicen estar tristes pero no lloran o no exhiben signos de esa tristeza no nos despiertan tanta conmiseración. De la misma manera, quienes no se cagan en los muertos más frescos de alguien quizá no susciten la sensación de que están enfadados de verdad.

Es lógico, pues, que esas palabras mágicas suelen referirse a lo que socialmente se considera sagrado (religión, raza, origen familiar o nacional) o tabú (escatología, determinadas partes del cuerpo, sexo, humor negro), ya que permiten liberar la tensión emocional con expresiones excesivas o hiperbólicas (blasfemia, maldición, reniego, juramento) o aludir a un destinatario concreto en forma de improperio, insulto, desprecio, ridiculización o estigmatización.

Si, en vez de recurrir a esa clase de palabras mágicas, usamos eufemismos, entonces no logramos borrar de un plumazo lo que ya tenemos en la cabeza. Lo que hacemos, en realidad, es evitar que los demás adivinen lo que pensamos y cuánto nos afecta en el plano emocional: los eufemismos son los disfraces de la mente.

Las palabrotas son voces tan especiales que se han registrado casos de personas que perdieron el habla y, sin embargo, pueden seguir maldiciendo, lo que sugiere que se trata de voces distintas del resto y que están conectadas de alguna forma con el cerebro más primitivo.

Ahora bien, que las palabrotas procedan de la mente no significa que la modelen; es decir, pronunciar una palabrota no nos convierte en un rufián, ni provoca que tengamos malos pensamientos ni ensombrece nuestra escala de valores. Es justo al contrario: el vocabulario que escogemos para expresarnos refleja lo que anida en nuestra mente, sea malo o bueno (y si eres un hipócrita que emplea eufemismos sin descanso, entonces solo reflejará lo bueno).

Las palabras no predisponen a las personas a tener una actitud u otra; por eso resulta tan estéril esconder tras los eufemismos los términos con connotaciones despectivas; la gente dirá las cosas de otra manera, pero seguirá pensando lo mismo. La mera existencia del eufemismo es, precisamente, la prueba del poder inconmensurable del lado oscuro de la poesía, es decir, el lenguaje soez, el vocabulario forjado durante generaciones y que guardamos en la parte más antigua e instintiva del cerebro.

El poder que albergan estas palabras ha llevado en muchas ocasiones a tratar de prohibirlas, censurarlas o regularlas, como si fueran virus que pudieran corromper la recta moral de los ciudadanos. Sin embargo, todos esos intentos de hacerlas desaparecer han sido tan ímprobos como ineficaces; como muestra, un botón: *hijo de puta*. Porque los idiomas no son fáciles de domar y distan de ser prístinos, su mero uso hace que cambien, muten y generen figuras preciosas y otras horripilantes; palabras seductoras y palabras despreciables. Si un idioma fuera perfecto no sería ambiguo, sería sistemático en lugar de idiosincrásico, sería estable en el tiempo (lo que nos permitiría entender sin problemas lo que escribían nuestros antepasados), no sería redundante (y no perderíamos tiempo ni energía) y, sobre todo, sería capaz de transmitir cada uno de nuestros pensamientos con precisión (algo muy poco frecuente habida cuenta de los continuos malentendidos entre hablantes). Si un idioma fuera perfecto, si hubiera sido concebido con escuadra y cartabón en un estudio de diseño, cada sonido se pronunciaría siempre igual, cada oración reflejaría la realidad como lo hace una fórmula matemática. Pero los idiomas no funcionan así; y el cerebro, tampoco. Por eso existe la poesía. Y las palabrotas.

Y como el lenguaje, particularmente el soez, es tan difícil de monitorizar porque su mera observación o uso hace que cambie como lo hace una partícula subatómica regida por las leyes de la mecánica cuántica, tomemos las gafas de leer, el telescopio para mirar con pers-

pectiva, el microscopio para examinar de cerca y exploremos con cuidado. Primero descubriremos los orígenes de estas palabras tan poderosas y su capacidad de prosperar en todas las culturas del mundo. En segundo lugar, nos refocilaremos entre las procacidades y los insultos más virulentos, esto es, los que emanan del sexo y la religión para pasar, en tercer lugar, a viajar por el terreno minado de la censura y de todos los intentos por controlar el lenguaje políticamente incorrecto, lo que ha permitido que nazca la que es la generación más ofendida de la historia de la humanidad, a pesar de ser la que menos razones tiene para ofenderse. En cuarto lugar, y para acabar, profundizaremos en el poder de las palabras prohibidas para responder a esta pregunta: ¿son capaces de modificar nuestra conducta? Y si lo hacen, ¿acaso no la modifican a mejor y no para mal? Y para no conformarnos con una postura maniquea, terminaremos este proceloso viaje por la obscenidad y el insulto concluyendo que sí, a veces, y solo a veces, es mejor decir *hijo de fruta* que *hijo de puta*.